

Viri Ríos

PhD por Harvard, analista de políticas públicas, autora

TRANSFORMAR EL ADN DE MÉXICO

El principal problema de México, Claudia, tú lo conoces muy bien. Tenemos un país que funciona demasiado bien para unos pocos y demasiado mal para la gran mayoría. Todo funciona mejor para un puñado, incluido el Estado mismo. El ejemplo prototípico de ello es cómo, a mitad de la pandemia, Carlos Slim se atendió por covid-19 en el Instituto Nacional de Nutrición, sin contratamiento para encontrar cama, al tiempo que el 46% de los pacientes de ese mismo hospital murió por falta de equipo médico.

Resolver este problema requiere que dos cosas sucedan al mismo tiempo: que quien tiene mucho tenga menos y que quien tiene poco pueda acumular más. Lo primero es políticamente más difícil que lo segundo. Sin embargo, lo segundo no puede lograrse sin recursos de lo primero.

Es por esta dificultad que, hasta ahora, López Obrador ha intentado cambiar al país sin mover muchas olas. Por ejemplo, en vez de cambiar de raíz los procesos de contratación pública y su corrupción, el presidente utilizó al ejército y a las comunidades para construir aeropuertos, escuelas y caminos. En vez de hacer una reforma fiscal que cobre más impuestos, el presidente exprimió hasta la última gota de recursos existentes para aumentar las transferencias sociales.

Se ha buscado la transformación del país sin alterar su ADN esencial, porque alterarlo fue concebido como imposible por López Obrador. Pero no lo es.

Transformar el ADN de México es posible, deseable e impostergable. Otros países lo han logrado. Hace cien años Finlandia era tan desigual como México. Su transformación durante el periodo de la posguerra y hasta la fecha es testimonio de que transformar un país es posible si se está dispuesto.

Estimo que una política ineludible para transformar este país es debilitar los monopolios, los oligopolios y el poder de mercado que un puñado de empresas tienen sobre la economía mexicana.

El poder de mercado en áreas tan diversas como las telecomunicaciones, la banca, la fe pública, la logística y transporte, las boleterías de eventos y tantas otras áreas han convertido a México en una nación donde el top 1% de las empresas concentra el 94% de la utilidad generada en el país. Su presencia dificulta el crecimiento de otras empresas, disminuye los salarios y encarece la canasta básica. Mi propia investigación ha mostrado que, si se erradicara el poder de mercado que éstas tienen, la pobreza se reduciría en 14 millones, una reducción casi tres veces superior a la lograda de 2018 a 2022.

Transformar al país requiere erradicar los cotos de poder que algunas empresas han creado. Ello implica modificar la Ley de Competencia para fusionar, ampliar y mejorar las atribuciones de la COFECE y el IFT, eliminar los conflictos de interés que existen en la CNBV y el área de pagos de BANXICO, solicitar a CONAMER una revisión exhaustiva de la regulación de los tres niveles de gobierno a fin de erradicar barreras artificiales a la competencia, y entrenar al Poder Judicial para que entienda la relevancia de los casos de COFECE.

A lo anterior hay que agregar una política de crecimiento y acompañamiento para negocios en áreas donde se cumplan dos aspectos: (i) se generen muchos y buenos empleos, y (ii) se incursione en industrias donde hay poca competencia y ganancias extranormales.

El objetivo debe ser doble. Por un lado, transformar al empresariado de ser un bloque de rentistas (*i.e.* arrendadores de bodegas en la frontera, monopolistas, explotadores laborales, etcétera) a ser un grupo de verdaderos emprendedores. Y, por el otro, transformar a nuestros emprendedores, actualmente

comerciantes informales con bajo ingreso, en empresarios que creen buenos empleos.

El enfoque debe estar más allá de la manufactura y no debe usar incentivos fiscales. Los incentivos son la herramienta que usa quien carece de creatividad, y los servicios son quizás el área de oportunidad más importante de la economía mexicana.